

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 24 »
 Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Muertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos.
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Muertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

La semana se ha pasado deliciosamente entre una lectura de Zorrilla y una visita a los cementerios.

Hemos tenido un parte telegráfico de Roma que nos ha hecho hablar durante algunas horas; ha aparecido de nuevo *La Correspondencia*, y al calor le ha llegado la de vámonos.

En la escena de Madrid se presenta con la visera calada el frio.

¡Hace frio! Empiezan a decir los madrileños.

Ya era tiempo.

Yo estaba como un hielo, y la gente andaba con vestido de verano.

Verdad es, que el frio que yo sentia era interior, como si dijéramos, de la piel para adentro.

Hoy nos vamos igualando.

La Correspondencia me parece que está tambien helada.

Para disimular su debilidad se ha echado a cuestras una capa de papel, y así la ven Vds. embozada en un pliego de doble tamaño.

¡Viva el rumbo!

Despues de todo, felicitemos a *La Correspondencia*. Es el periódico que está a la altura del siglo. Mirado a través de un tintero, Santana me parece un gigante con patillas rubias.

Él ha comprendido que los españoles deseamos aprender algo bueno y barato para no saber nada.

Y *La Correspondencia* ha venido a llenar este doble vacío de la inteligencia y del bolsillo.

Todos sabemos de antemano las noticias que *La Correspondencia* nos trae, y sin embargo, necesitamos forzosamente de este periódico para convencernos de que no sabemos nada.

Interprete fiel del presente momento histórico, se apodera de nuestras miserias y nos las vende al por menor.

Al frente de cada cementerio suele haber un letrado que, ya en verso ó en prosa, dice lo siguiente:

—Mortal, mira lo que has de ser.

Al frente de *La Correspondencia* pudiera muy bien escribir la generacion actual, debajo de una cruz, esta significativa advertencia:

—Español, mira lo que eres.

Cada uno de nosotros, al burlarse de *La Correspondencia*, se burla de sí propio.

No nos atrevemos a llamarnos tontos, y buscamos la víctima.

Hé aquí la necesidad de *La Correspondencia*, necesidad que crece cada dia.

Ella viene a sacarnos de un ahogo, y por dos miserables cuartos (que ellos me perdonen el adjetivo) tiene cada español el inefable consuelo de mirarse en ella como en un espejo, y exclamar sin rubor:

—¡Dios mio, qué feo soy!

No he de pasar adelante sin copiar aquí una noticia de *La Correspondencia*. Meditenla Vds.:

«El Pensamiento Español sigue defendiendo al tribunal de la Inquisicion.»

El espiritismo acaba de darnos una prueba patente de lo que alcanza su poder en las imaginaciones de los pe-
 riodistas.

Mr. Delamarre, director de *La Patrie*, diario de Paris, ha perdido la razon á causa de su trato con los medios.

No es posible, en vista de este acontecimiento, sospechar que el director del periódico imperialista andaba en buenos tratos.

Yo no me atrevo a dar entero crédito a esta noticia, por más que venga por conducto autorizado.

Es casi imposible que un espiritista pierda la razon, precisamente a causa del espiritismo.

Pues qué, ¿cuándo ha tenido razon un espiritista?

El viernes se estrenó en los Bufos un propósito, titulado: *Tanto corre como vuela*.

Mis compañeros Palacio, Blasco y Saco, son los autores de esta broma, escrita en una noche á ruegos de Arderius.

El público celebró mucho la ocurrencia, y...

Mis compañeros Palacio, Blasco y Saco, me hacen señas para que no continúe.

El objeto de esta pieza es celebrar el aniversario de Arderius, príncipe de los bufos españoles, como dice el cartel; y los principales actores leen en su elogio poesías, arrojan coronas, liebres y melones.

Uno de ellos, llamado D. José Zarzaparrilla, hace lectura en variedad de metros, y el público llamó...

Mis compañeros Palacio, Blasco y Saco, me hacen señas para que me calle.

Obedezco. Ni siquiera diré que fueron llamados a la escena.

Luis Rivera.

SENTIDOS Y CONTRASSENTIDOS.

Mientras con el codo en la mesa y la barba en la mano doy vueltas y más vueltas a la pluma pensando cómo llenaré, sin hablar de nada, las seis ó siete cuartillas que tengo delante, se paran debajo de mi balcon dos violines con sus correspondientes ciegos.

Pensando piadosamente, creo que la intencion de los cuatro es entonar la jota aragonesa: el éxito, sin embargo, corresponde mal a tan patriótico deseo, y los esfuerzos combinados de las cuatro voces, solo consiguen desgarrar los oidos del inocente vecindario.

Yo ignoro por qué tono van, y no afirmaré que toquen por mi (ni para mí), aunque puedo asegurar a ustedes que la música tiene tres bemoles.

En la imposibilidad de trabajar con semejante acompañamiento, suelto la pluma y me asomo al balcon.

Entre copla y copla, veo al lazarrillo quitarse la gorra, y pedir á voces «una limosna para los pobres ciegos,» y en la acera de enfrente descubro a la sociedad, vestida de guardia municipal, dirigiendo con aire protector sus maternales miradas al grupo armonizada.

Pasa en esto por la calle una mujer andrajosa, que al lado lleva un niño de pocos años, y en brazos otro de pocos meses. Si el hambre tuviera tres caras habian de ser sin remedio las de aquellos tres infelices.

Al pasar junto a cada transeunte, la pobre mujer se aparta humildemente de la acera, y sin pronunciar palabra tiende la mano en ademan suplicante.

Al fin, veo caer sobre su mano una moneda de cobre, —y sobre su hombre una mano de hierro, a la cual va

unido, por via de apéndice, el cuerpo de un guardia municipal.

El caso es grave: flagrante delito de mendicidad. — ¡Pobre mujer! séate ligero el techo de San Bernardino.

Seguro está que mi cocinera me regale el paladar con un guisote pegado; pero a todas horas me regala el oido con unas seguidillas desentonadas.

Primero que rozarme con la punta de un alfiler, se cortaria la mano mi amigo Crispin; eso no quita que en el café me ponga los pelos de punta arañando con las uñas el mármol de la mesa.

Mi vecino D. Pedro se guardará muy bien de echar en el patio inmundicias que me ofendan el olfato; pero consentirá que su hija me trastorne la cabeza con la batura musical que a todas horas saca del piano.

Si voy al teatro, nadie interpondrá su cuerpo entre mis ojos y el espectáculo; pero nadie se privará de interponer su voz entre el diálogo y mis oidos. Si es ópera, el pollo que tengo al lado tararea las melodías conforme las van cantando los artistas; si es comedia... ¡oh! entonces oigo hablar a todos, ménos a los actores, y de todo, ménos de la comedia.

—¡Qué bien se viste Teodora!

—Hombre, ¡qué peluca saca Mario!

—Para peluca, la que le echaron a D. Manuel el otro dia.

—¿Vió Vd. anoche el Sullivan?

—Sí señor.

—¿Qué le pareció a Vd. Romea?

—Me gustó mucho la cadena que saca.—Caballero, no me deja Vd. ver con tanto levantarse.

—Y Vd. no me deja oír con tanto charlar. Además no sé cómo puedo quitarle a Vd. la vista del espectáculo estando a su lado.

—Es que yo no vengo a ver el espectáculo.

—¡Ah!

Solo una vez he oído pedir silencio en el teatro: es verdad que era en Novedades, y estábamos en lo más interesante del baile.

Resúmen.

Todas estas reflexiones pueden reducirse a una: en España, el oido es el sentido que más padece,—despues del sentido comun.

Federico Balart.

UNA VISITA... DE MÉDICO.

Por ser piadosa costumbre, y ser bonancible el dia, y poca mi pesadumbre, fuime ayer de romería siguiendo a la muchedumbre.

Entre alegre y entre sério pensé averiguar por puntos de nuestra vida el misterio, y a visitar los difuntos metime en un cementerio.

Muchos hallé por mi vida, que es ya cosa averiguada que el mundo va de partida,

y el presupuesto de entrada es menor que el de salida.

No habitamos un eden, y en la comedia social escenas tales se ven, que hay quien harto de estar mal se muere por estar bien.

Vibra el tiempo sus certeros dardos, á boca qué quieres, y le ayudan placenteros, el cólera, los caseros, el tabaco y las mujeres.

Del cementerio salí siendo ya casi de noche, en mi coche me metí, y al movimiento del coche poco á poco me dormí.

Y los ojos al cerrar en éxtasis de placer, tuve un sueño singular, que ustedes van á saber por si les puede importar.

Sueño, quimera, ficción, calentura ó pesadilla, vive en mi imaginación, y aun dudo, y me maravilla, si es verdad ó es ilusión.

Soñé que me hallaba muerto con levita y calzoncillos, en el confin de un desierto, y que un astrólogo tuerto me limpiaba los bolsillos.

Un arroyo trasparente cabe mis plantas corria, murmurando dulcemente como se murmura hoy día cuando nos oye la gente.

De pronto el arroyo manso cambió de aspecto y color, lió á su carrera descanso, y orgulloso y seductor brotó del arroyo un ganso.

Las blancas alas traía recogidas con gran arte, ganso era aquel de valia, y á jurar me atrevería que lo he visto en otra parte.

Del suelo me levantó y á un paraje me llevó donde, en losas diferentes, con la pata me enseñó las inscripciones siguientes:

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS.

NOVELA (Y NO DE COSTUMBRES).

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo los novios engañaron á mamá.

I.

Un caballero llamado D. Joaquin Marchamalo, heredero de una gran fortuna, llegó á Madrid por la feria, —en compañía de los melocotones.

Provisto de varias cartas de recomendación, hizo su entrada en los salones de la viuda de un intendente, que tiene una hija llamada Elisa, á quien llaman la perla de la calle del Oso.

La mamá de Elisa es una jamona fresca, habladora, amiga de teatros y de viajar en verano.

Algunas veces le dicen sus amigos:

—Pero, doña Ramona (así se llama la mamá de Elisa), ¿x Vd. no se casa?

«Aquí yace un pobre neo que aun muerto alargó la mano; fué cobarde, tonto y feo; fué todo... menos pagano.

Guardada está en este nicho la coqueta Rosalía; no tuvo más que un capricho, uno solo... cada día.

Descansa aquí un traductor; quien resucitarle quiera, que grite:—¡salga el autor!

Este que enterrado ves no era persona... era inglés.

Aquí duerme un resellado; ¿duerme? Di que está acostado.

En este túmulo extraño yace una bolera vieja, que hace poco más de un año aun aguardaba pareja.

—Aquí reposa un cantante. —¿Es de zarzuela? ¡Adelante!

Un afamado doctor aquí vino á descansar: diez años tuvo un dolor.

—¿Y murió de él?—No señor; de querérselo curar.

Gran académico fué el que enterraron aquí... —¿Hizo algo notable?—Sí; escribió zaga con e.

—El duque de la Avellana del Cedro y del Agua Fria, marqués de Pelo y de Lana...

—Pregunta á su señoría si recibirá mañana.

—Aquí yace un usurero... ¡Chito! No sonar dinero.

M. del Palacio.

ECOS DE MADRID.

Al que se muere lo entierran.

Esto decían nuestros abuelos, esto decían nuestros padres, y esto decimos nosotros.

La gente se va muriendo, y el que queda para contarlo va viviendo como puede.

Ser ó no ser, comer ó no comer, vivir ó no vivir. Hé aquí las cuestiones.

—No pienso en semejante cosa.

—¡Caramba! Pues si está Vd. todavía en disposición de dar á la patria media docena de ingenieros.

—Eso se queda para las pollas como esta. (Y señala á su hija Elisa.)

—¡Mamá! contesta la niña ruborizándose.

Aquí me precisa hacer alto para decir á Vds. que ninguno de los personajes de esta historia dice lo que siente.

Los amigos, al decir á doña Ramona que debe casarse, lo hacen con el santo fin de reirse de doña Ramona; esta, al contestar que no quiere matrimonio, lo hace por llamar la atención sobre su hija, porque, como ella dice, si pudiera casarla... saldría de cuidados; y por último, Elisa, cuando se ruboriza, lo hace para disimular su apetito de boda.

Á pesar de este fingimiento, ninguno de ellos consiguieron engañar á los otros.

Doña Ramona sabe que los amigos se quieren quedar con ella; estos, que doña Ramona intenta meterles á su hija por los ojos; y Elisa sabe que todos son unos tunantes más largos que una loma.

Así anda el mundo.

La gente, en general, finge dejarse engañar y *tutti contenti*.

Pues en casa de doña Ramona se presentó D. Joaquin Marchamalo provisto de sus correspondientes cartas de recomendación.

Una vez me encontré en un album unos versos del general Ros de Olano, que decían así:

Al lado de la vida duerme la muerte, guarda que la otra hermana no la despierte; la vida humana vive solo del sueño de su otra hermana.

Me acuerdo hoy de esos versos, y se me han ocurrido las anteriores reflexiones oyendo tocar las campanas. Estamos en día de ánimas. Estamos en los días en que la humanidad reza por los muertos.

¡Qué gran pueblo es el pueblo español! ¡Qué religioso, y qué respetuoso, y qué delicioso!

¿Se trata de solemnizar el nacimiento del hijo de Dios? Pues no hay más que emborracharse, insultarse, invadir las fondas y las tabernas, y ande la broma.

¿Se trata de solemnizar la fiesta del Corpus? La noche de aquel día no se ven por las calles más que borrachos.

¿Se trata de consagrar un recuerdo á los difuntos? Buñuelos y vino. ¡Viva la religion! ¡Eche usted una copita

Madrid es el pueblo más bebedor de la tierra. La noche de Todos los Santos se consumieron en Madrid 32.500 hectólitos de vino.

Y el mundo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío.

Hay equivocaciones terribles. Por ejemplo:

Un amigo mio encargó hace pocos días á una florista dos coronas; una para colocarla en la tumba de un ilustre poeta, muerto el año pasado. Otra, para arrojarla á la escena de un teatro donde otro poeta debía aparecer.

Como el lector comprenderá, una de las coronas era de siemprevivas, otra de hojas de laurel.

Llegan las ocho de la noche. La florista llevó las dos coronas á casa de mi amigo. Este las confunde, reserva para el cementerio la corona de laurel, y arroja á la escena la corona fúnebre.

Sin pensarlo, hizo un epigrama que no me detendré en explicar á ustedes.

Ahora me preguntará una lectora curiosa:—¿Eso que acaba Vd. de contarnos, ha sucedido?

Y yo respondo:

—No señora, pero ha podido suceder muy bien. Pasemos adelante.

Me apresuro á dar al público respetable una importantísima noticia.

Ha vuelto á publicarse *La Correspondencia*.

La otra noche, cuando el pueblo de Madrid rezaba por los muertos, á boca llena, los muertos se reunieron en el cementerio. Algunos de ellos formaron grupos, y en uno de estos llevaba la palabra un cadáver bastante simpático que hacía reír á los demas.

—¡Qué talento tengo! decía. He hecho una gran cosa

II.

Primeras visitas.

La mamá.—¿Y qué tal, D. Joaquin, va bien la cosecha?

Joaquinito.—Este año hay unos trigos tan altos como su hija de Vd., aunque es mala comparación. ¿Pues y la uva? Vamos á nadar en mosto. Ya verá Vd., le voy á enviar unos pellejos de vino, que se va Vd. á atiforrar el cuerpo hasta allí.

Elisa (aparte).—¡Qué bruto!

La mamá.—¡Vaya, qué cosas tiene este D. Joaquin! Y ¿cómo está de salud su papá?

Joaquinito.—Achacosillo anda... Tiene un esparaban que le vuelve mico... No pasa de este invierno... ¡quía!

Mamá.—¿Y lo dice Vd. con esa frescura?

Joaquinito.—Toma, si ello ha de ser...

Elisa (aparte).—¡Ay, ay, ay, qué bruto!

Mamá.—¿Y son Vds. muchos hermanos?

Joaquinito.—Yo solo. Pues por eso. Figúrese usted que en cuanto cierre los ojos el viejo, podré disponer de diez mil duros de renta para mí solo, solito.

Mamá.—¿Y no piensa Vd. casarse?

Elisa (abriendo tanto ojo).—No me parece tan bruto este chico... Tiene un no se qué...



GRACIAS INFANTILES

-¿De quién es la nariz que aprietas, sol del mundo?
 -¿De papá?
 -¿Y á quien quieres tú, remonono, gloria de esta casa?
 -Al primo Luis... que es mas guapo que tú.

ROMANERO DE NOMBRIA

POB AVANIO PEREZ WOLA

III.

Las visitas de Joaquinito Marchamalo menudean en casa de doña Ramona. Uno de los amigos de esta le dice una noche:

-Doña Ramona, me parece que voy á comer dulces muy pronto.

Doña Ramona se sonrie; Elisa se sonroja (no hagan ustedes caso, todo esto es por el bien parecer), y los amigos cuchichean.

Entra Joaquinito.

Cambia la escena.

Todos cuidan á Joaquinito, todos procuran contribuir á que dé el gran paso.

Uno le dice:

-¡Caracoles! ¿Sabe Vd. que esa chica es una alhaja?

Otro añade:

-Se me figura á mí que de fuera vendrá quien de casa nos echará.

Otro:

-Ya se ve, como es jóven y guapo, no es extraño que la que nos ha dado á todos calabazas, esté amartelada con el reejen venido.

Estas cositas lisonjean el amor propio de Joaquinito, y muy satisfecho de su persona se dirige á la mamá, dejándose caer con esta frase:

-Aquí traigo un palco, por si doña Ramona se digna honrar el teatro de la Zarzuela.

Doña Ramona, que está rabiando por ir al teatro, se contiene, y solo por acceder á los deseos de Joaquinito, consiente en ir al coliseo.

-Si viera Vd. qué poco amiga de fiestas soy... A mí lo que me gusta es mi casita y mi familia.

-¡Ya! añade Joaquinito, pero bueno es echar una cana al aire.

Los amigos se despiden, y uno dice al salir:

-Vaya, que Vds. se diviertan. Jóven, es Vd. afortunado: lo que en toda la temporada hemos podido conseguir nosotros, Vd. lo logra de buenas á primeras.

Joaquinito.—Si Vds. gustan de acompañarnos...

-Gracias, me voy al Iris á jugar mi partida de tresillo.

-Y yo á ver si pasan los chicos de *La Correspondencia*.

IV.

La escena es en un palco de la Zarzuela.

DOÑA RAMONA.—JOAQUINITO.—ELISA.

Doña Ramona.—¿Cómo se llama esta zarzuela?

Elisa.—Mamá, si es comedia.

Doña Ramona.—¡Toma! ¿Y en qué lo has conocido?

Elisa.—En que no tiene música.

Doña Ramona.—¿Que no? Pues poquito ruido que ha hecho la orquesta.

Elisa.—Es un drama de Hurtado, que se llama *Sueños y realidades*. Está en verso, y aquella que hace Matilde es Isabel la Católica.

Joaquinito (*levantando la cabeza*).—¿Cuála, cuála?

Elisa.—Esa que habla ahora.

Joaquinito.—¿La reina Católica? ¡Anda, anda!

Elisa.—Y aquel que le hace la córte, es el rey don Fernando de Aragon.

Joaquinito.—De Aragon... paisano mio. ¡Buen chico!

Elisa.—Estos reyes fueron los que conquistaron á Granada.

Joaquinito.—¿Esos? ¡Lo que sabe Vd., Elisa!

Joaquin no puede resistir tanta erudicion. Sale del teatro entusiasmado, y apenas llega á casa, llama aparte á doña Ramona y le suelta este párrafo:

-Doña Ramona de mi alma: cada hombre nace para su cosa; uno para ser tísico, otro para envenenarse con fósforos, y yo he nacido para casarme con su hija de usted. Si Vd. quiere, mañana escribiré al viejo diciéndole que soy hombre al agua. Con que, abra Vd. esa boca, que estoy rabiando porque me llame Vd. yerno.

Doña Ramona se precipita en sus brazos gritando:

-¡Hijo mio!

Y lloró la madre... Y lloró la hija... Y lloró el Espíritu Santo en forma de Joaquinito.

Luis Rivera.

(Continuará.)

con morirme. Tomen ustedes estos gemelos, miren ustedes hacia Madrid, y puede ser que convengan conmigo en que para conocer a este mundo no hay como marcharse al otro. Yo me creía el hombre más dichoso de la tierra; tenía una mujer buena, bonita y barata. Mírenla ustedes bailando con aquel oficial de Estado Mayor. ¿Eh? ¿qué tal? Diez meses hace que no me tiene a su lado, y ya ven ustedes que contenta está; si es una delicia verla!

—De que poco se asombra Vd., dijo entonces el cadáver de un sugeto muy conocido. ¿Usted habla con esa amarga ironía, porque su señora se la está pegando a Vd. ahora, eh?

—¡Ay! Sí.

—¡Pues, hombre, á mí me la pegaba estando yo vivo!

—¿Y qué hizo Vd.?

—Me pegué un tiro.

—¿Y ella?

—Se casó á los cinco meses...

—¿Con el hombre que le hizo olvidar sus deberes?

—No señor; ¡con otro!

Los muertos se fueron riendo.

Ya que hoy me ha dado por hablar de muertos y de almas en pena, terminaré estos renglones con un sucedido, cuya filosofía dejo á la penetración del auditorio.

Cuentan que un comerciante judío fué asaltado en medio de la calle por un ratero que le quitó la ropa y el dinero que llevaba encima.

Otro hombre cualquiera hubiera gritado ¡al ladrón! ó hubiera dado parte á la autoridad; pero el judío, con una calma envidiable, se fué paso á paso fuera de la ciudad y se sentó á la puerta del cementerio.

Varios curiosos que le fueron siguiendo le preguntaron:

—¿Qué haces? ¿Te sientas ahí, en vez de recobrar lo que te han robado?

—Espero al ladrón, dijo el judío.

—¿Cómo?

—Aquí tiene que venir á parar, más tarde ó más temprano.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Pues señor, nos daremos bombo.

En el mes de Octubre hemos dado á los suscritores nueve números por treinta y cuatro cuartos, todos con dibujos nuevos de actualidad, y la mayor parte tirados en litografía, cosa que solo GIL BLAS hace hoy entre los muchos periódicos que se publican en Madrid.

El texto, como nuestros constantes suscritores habrán observado, es puramente español, original de los redactores y colaboradores, sin traducir nada del francés, ni copiar, para llenar columnas, poesías ó artículos publicados en otra parte.

De modo que de todos los periódicos de la corte, GIL BLAS es el único que, teniendo redacción propia y numerosa, no necesita copiar nada de los demás, á no ser para darles un palo.

Grandes gastos tenemos; pero contando con el favor del público, GIL BLAS no se para en barras, y ha de probar á Vds. que no es manco.

Se ha sorprendido á un sugeto en el acto de apuntar con una pistola al emperador de Austria.

Parece que por fin se ha formado en el Circo una empresa que repartirá los productos por terceras partes.

Milagro será que á las primeras de cambio no se queden todos á la cuarta pregunta.

La distinguida violinista Mlle. Lebouys, se presentará el lunes en la Zarzuela.

He oído decir que es una verdadera notabilidad.

Y que tiene entre otras cosas á cual más dulces y hermosas, un rostro de serafín con un alma... de violín.

Y á propósito de música; ¿qué les parece á ustedes la de *Cubiertos á cuatro reales*?

—Que debían servirlos á los postres.

¿Qué tal bailo yo, don Gil?

preguntaba Barbarita,

y respondió un zascandil:

—¡Oh! baila usted, señorita,

como un peon.... de albañil.

En Cataluña, Aragón y Valencia han ocasionado grandes estragos las lluvias.

Si llega á suceder antes, de seguro lo pone Hurtado en boca de Isabel la Católica, como sueño profético.

Escena popular.

—¡Hole, viva lo bonito!
¡Vaya un garbo!

—Quite usted.

—¿De veras?

—O toco el pito,

que yo no caigo en la red.

—No se asuste osté, mi vida,

que puede darle un dolor.

¿Está usted...?

—Comprometida,

y usted es comprometedor.

¿Se larga usted ya de aquí?

—No lo oye osté, que no quiero.

—Si él le topa á osté...

¡Ay de mí!

Si topa... será carnero.

(Ella enfadada.)—¡Pascual!

(Él más airado.)—¡Bailon!

Desenlace.

Él durmió en el Principal,
y ella fué á la Prevención.

En una de las composiciones leídas por Zorrilla y titulada: *Serenata, á Rosa*, encuentro este verso:

¡Ay, tu amor me rebosa por cada poro!

—Pero, señores, ¿esto es amar ó sudar?

En la misma composición se lee:

¡Sal, vida mía,

á que su ídolo adore mi idolatría!

Donde no comprendo al Sr. Zorrilla es en el final de la *Serenata*.

Después de decir en brillantes versos que para él no hay nada en el mundo mas que Rosa, le pide al final que no salga porque ya despunta el día y sus ojos disgustarían al sol.

No paso por esto, D. José.

Si Vd. la adora tanto, ¿por qué se para Vd. en barras, D. José de mi alma?

Ya podía yo estar esperando á mi amada, que aseguro á Vd. que por temor de que el sol tomara una desazon no le aconsejaría tal cosa.

Meditemos.

D. José se pasa toda la noche cantando versos debajo de los balcones de Rosa, y al ver que el día se aproxima sin ruido, y la noche se pasa en blanco, exclama humildemente:

Pero no, ya no salgas, estrella mía,
porque ya en el Oriente despunta el día;
no salgas, porque el doble sol de tus ojos
á la luz de el del cielo va á dar enojos.
¡Adios, sol de las flores, rosa sultana,
rosal de mis amores, hasta mañana!

Repito que no me conformo con esto, Sr. D. José. Yo en lugar de Vd. hubiera dicho:

Te aconsejo que salgas, estrella mía,
aunque lloviendo á mares despunte el día;
aunque de los placeres la dulce copa,
apure yo en tus labios hecho una sopa.
Sal, Rosa, sal, no tardes, te necesito...
¡Dáme tu amor... ó al menos un pastelito!

En el Circo de Paul se trabaja también de verso.

Así me lo dijo anoche en el café Helvético un actor amigo mio,—que siempre está sin contrata.

Un compositor americano ha puesto en música la Constitución de los Estados-Unidos.

Yo sé de otro español que va á instrumentar las Siete Partidas.

La escena tiene lugar en una escuela:

El maestro.—Vamos á ver, Juanito, ¿cómo estamos de geografía?

Juanito.—Muy bien.

El maestro.—Me alegro. Veamos: ¿qué sabes de América?

Juanito.—Yo nada; pero el cable trasatlántico se lo podrá decir á Vd.

Los Sucesos, periódico diario, sigue su marcha triunfante.

La venta de este colega ha aumentado considerablemente, y nos alegramos, porque su tendencia literaria tiene muchos puntos de contacto con la de GIL BLAS.

—Diga Vd., caballero, ¿sabe Vd. quién inventó la polvora?

—¿Por qué lo preguntas, niño?

—Porque dice mi papá que no ha sido Vd.

PASATIEMPO.

Solución al Enigma del número anterior:—*Calorifero*.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

ROMANCIERO DE NUMANCIA,

POR ANTONIO PEREZ RIOJA.

Este librito, que generaliza el conocimiento de una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, se halla de venta al precio de 8 rs. en las principales librerías de Madrid. Se remite á provincias franco de porte, enviando su importe en sellos ó libranzas, al Administrador de *La Reforma*, Ave-María, 17.—1

Se curan de verdad los CALLOS, en la Carrera de San Gerónimo, núm. 12, entresuelo. Se garantiza la curación, que es gratis para los pobres. Se curan también las BERRUGAS y los SABANONES.

Se recibe y se dan prospectos todos los días de once á cuatro. El medicamento, llamado el Acunt, para el que quiera curarse por sí mismo, se hallará, en esta corte, en la farmacia de Borrell y hermanos, Puerta del Sol; y en provincias, en todas las capitales del reino, en las principales farmacias.

ALMANAQUE CÓMICO DE GIL BLAS

PARA 1867

Un volumen de 64 páginas con chistosisimas caricaturas por Ortego y Rico. Se vende en la Administración del periódico y en las principales librerías, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.